



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Tàngo, del natural, por MEDINA VERA



SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Félix Limendoux.

A UN MARIDO
por Santiago Iglesias.

EXCELENCIAS DEL BESO
por José Rodao.

EL VELO DE LA REINA MAB
por Rubén Darío.

CHAPARRÓN HIDROTERÁPICO
por Rafael Torromé.

UN FALSO TESTIMONIO
por Benjamín Ibarrola.

LOS CAÍDOS
por Manuel Ugarte.

MODERNISMO POLÍTICO
por Ricardo de Zavala.

CANTARES
por Félix Cuquerella.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

LIBROS RECIBIDOS

ANUNCIOS



GRABADOS

TANGO
del natural, por Medina Vera.

TIPOS PARISIENSES
por Solar de Alba.

UN BESO MODERNISTA
del Lustige Bläter.

EL CORSE
historieta, por J. Abeillé.

PANADEROS Y SEVILLANAS
apuntes, por Santana Bonilla.

EL CEFIRILLO ALEVOSO
historieta, por Glover.



Esta mujer primorosa
de formas esculturales
tiene indubitablemente
muchos más de dos lunares.

15 CÉNTIMOS

De todo un poco.

El veraneo ha acabado de R. O.

Con el regreso de Sus Majestades han venido los últimos rezagos y Madrid vuelve a ser la Corte de las Españas.

Los periódicos publican estos días los nombres de personas importantes que se abonan al Real y al Español.

Por cierto que este detalle ha llamado siempre mi atención poderosamente, haciéndome pensar en el efecto que la tal noticia producirá a las clases modestas que no pueden ir al teatro ni a paraíso siquiera.

No creo yo que esto sea debido a la vanidad de los interesados, sino al mercantilismo de las empresas; pero algo molesto debe ser para muchos mortales leer siempre la lista de las personas que al llegar el calor salen buscando fresco y al llegar el frío se abonan al palco comfortable.

No falta más que el día menos pensado publiquen también los periódicos la relación de las que se alimentan bien.

«Ayer comieron espléndidamente los condes Tal, los marqueses de Cual, el senador H y el banquero B.»...

A propósito de la comida.

Parece que se toma en serio lo de la supresión del impuesto de consumos, el más odioso de todos, porque viene a gravar (!) horriblemente las primeras materias alimenticias.

Todo ello ha sido cosa de un periódico que vertió la especie y quiera Dios que las palabras de *El Evangelio* tengan en esta ocasión tanta virtud y sean tan eficaces como las que dictaron sabiamente Marcos, Lucas, Juan, Mateo, etc.

Háblase de un *meeting* monstruo que se celebrará en la Plaza de Toros con permiso de la autoridad competente y si el tiempo no lo impide.

A él se han adherido gentes de toda España: simples particulares y múltiples asociaciones; no hay quien deje de ver con buenos ojos la idea de suprimir el susodicho impuesto y espérase únicamente recibir de un momento a otro las últimas importantísimas adhesiones.

Las de todos los del resguardo y las de los Sres. D. José García Vázquez (*el Huevero*) y distinguidos hermanos Cívicos.

Realmente, no creo yo que ese muchacho de Avila haya cometido un tan enorme delito al usar indebidamente el uniforme militar si en su vida haya pertenecido al Ejército.

Según confesión del interesado, que pertenece a una familia distinguidísima y de buena posición, hacíalo únicamente con el propósito de rendir corazones femeninos, que tan tiernos suelen ponerse a la vista de cualquier uniforme, sea del arma que sea, y esto no creo yo que resulte deshonoroso para el Ejército, cuando, precisamente, la nota de galán y calavera es una de las que más le enorgullecen, al propio tiempo que la del pundonor y la valentía.

Diga usted que las mujeres son las únicas que tienen la culpa de todo; ese joven de Avila las conocía perfectamente, y como el amor es cosa que tanto tira de uno, le fué imposible dominarse y apeló a ese recurso, el más inocente después de todo, para sus fines de conquistar voluntades femeninas.

¡Adonis disfrazado de Marte!

Lo triste ha sido que el pobre galán, descubierta la mixtificación, dió con sus huesos en la cárcel, donde a estas horas no tendrá otro consuelo que repasar con la imaginación la lista de sus triunfos amorosos, cuando lucía gallardamente el uniforme de oficial de infantería.

En vez de ascender, ¡a lo que ha descendido el pobre!

La *Gaceta Oficial* de Londres, publica en sus columnas importantísimas Reales órdenes, detallando los trajes que debe usar la aristocracia inglesa de ambos sexos para asistir a la ceremonia de la coronación de SS. MM. Sacratísimas el Rey Eduardo VII y la Reina Alejandra.

Después de fijar el tamaño que ha de tener, con arreglo a la etiqueta de la corte, la cola de una baronesa, la de una condesa y la de una duquesa (esta última de dos metros justos), habla de las joyas, prohibiendo terminantemente llevar en las diademas piedras falsas y autorizando únicamente que se imiten con bolas macizas de plata, las gruesas perlas heráldicas de las coronas de los *pares*.

Es de suponer que este decreto, que firma el propio Rey Sacratísimo, obedecerá al abuso que la aristocracia inglesa haya hecho de las piedras falsas.

Es decir, que *van* mejor que ellos cincuenta veces nuestros clásicos carniceros de la Plaza de la Cebada cuando en día de boda ó de bautizo lucen en pecheras y dedos brillantes como nueces.

¡Fíese usted de las apariencias y de los diamantes!

¡Y fíese usted de un *lord* de esos cuando lo vea con un *par*!

El *par* es tan falso como el *lord*.

¡Oh, la murmuración!

Durante ocho ó diez días estuvieron los chismosos de entre bastidores y de mesas de café propalando la especie falsa de que el Director artístico del teatro de Jovellanos había rechazado una obra a Blasco y otra a Marcos Zapata, siendo así, me dice López Silva, que aún tiene en su poder la que el ilustre escritor le entregara y que todavía no ha llegado a poder suyo ninguna del autor de *El anillo de hierro*; conque si esto es rechazar, que venga Dios y lo vea.

Algún buen amigo de cualquiera de los aludidos dió la noticia, que como todas las de su índole, cayó en la tierra siempre abonada, de la murmuración.

Me alegro de que no haya habido tal cosa y me felicito de haber dado motivo a esta rectificación tan satisfactoria.

Según Bonafoux dice haber leído en el *Post* de Berlín, la grave neurosis que padece el Emperador Guillermo, se debe a los temores provocados en el ánimo del Kaiser por las repetidas amenazas de los anarquistas contra él y su familia.

Ya dije yo que se estaba poniendo muy mal esto de ser emperador, rey, obispo ó cosa que lo valga.

Las testas coronadas ó tonsuradas son el blanco de los libertarios; porque hasta ahora no se han preocupado de ningún infeliz *Garibaldi* ni aun del propio *Don Tancredo*, con ser éste el llamado pomposamente «rey del valor».

Se explica, pues, que D. Guillermo tenga tan graves *quebraderos de cabeza*, frase que no puede ser más apropiada en la presente ocasión.

Por algo parecido a esto quizá, y queriendo sin duda democratizarse más todavía, la prima hermana del Presidente de los Estados Unidos, Miss. Mande Roosevelt, impulsada por irresistible vocación artística, acaba de firmar una contrata con el empresario de uno de los principales teatros de Nueva-York.

La noticia ha producido gran sensación en los círculos aristocráticos de Londres; entre esos mismos señores que llevaban piedras falsas para lucirlas en las grandes recepciones palatinas.

Pues no tienen de qué escandalizarse ni mucho menos, porque nosotros también tenemos en la compañía de la Guerrero un actor que pertenece a la familia real.

Y se le aplaude, porque jamás «se sale de su papel».

FÉLIX LIMENDOUX

A un marido.

Pero hombre, qué horrorosa es tu mujer, si con Picio pudiera competir, échala con tres feas a refirir que de seguro tiene que vencer.

Si parece un jamelgo de alquiler, ó una piel de cabrito sin curtir, con su cara podría partir un queso, aun cuando fuera de Gruyer.

Tan fresca y delicada de color como un canto que acaban de regar, ¡qué nariz! como el pico de un condor, y para que te puedas consolar, me falta todavía lo mejor: la boca, que parece un muladar.

SANTIAGO IGLESIAS

Excepciones del beso.

Un médico alemán ha averiguado que si alguno se siente molestado por haber hecho en la comida excesos, puede encontrar alivio dando besos al que tenga a su lado; pues los besos en esas ocasiones le evitan a cualquiera indigestiones.

La verdad, no concibo como el beso, después de una comida, puede servir de plan preservativo para que no peligre nuestra vida...

Pero acepto el remedio, aunque es chocante, y prometo seguirle en adelante como tenga a mi vera una muchacha joven y hechicera, pues, la verdad, si tengo algún varón... ¡me resigno a morir de indigestión!

JOSÉ RODAO

TIPOS PARISIENSES



GUARDIA DE ORDEN PÚBLICO

(Del natural por Solar de Alba.)

El velo de la reina Mab.

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones á los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros unas espigas maravillosas que, al desgranarlas, colmaban las trojes de riqueza; á otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; á quiénes cabelleras espesas y músculos de Goliat y mazas enormes para machacar el hierro encendido, y á quiénes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:—¡Y bien ¡Héme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica, y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos, en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semi-dios, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que á tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para tí son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas serenas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza, siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque á medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el Salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con el tono de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto!

¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar! ¡Y yo, que podría, en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro!...

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terprando hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aproximarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas. La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre, que befa, y la celda del manicomio.

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si véis mi alma, conoceréis á mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal, mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en sus pechos la esperanza, y en sus cabezas el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

RUBÉN DARÍO

UN BESO MODERNISTA



(Lustige Blätter, Berlin.)

EL CORSÉ.



1.—Una noche, el duque, al regresar á su palacio, encontró dentro de la silla de manos un corsé, cuya forma elegante llamó su atención.

2.—Al día siguiente hace venir á palacio á las damas de honor de la duquesa obligándolas á probarse el corsé. Ninguna tenía el talle tan delgado que la prenda requiriera ni tan poderosos los demás encantos que debía aprisionar.

3.—El duque hace anunciar, á son de trompetas, que aquella á quien el corsé le estuviese justo sería su favorita.

Chaparrón hidrotéapico.

Por expreso mandato del dios Neptuno se congregan las aguas medicinales, y al lugar de la cita, sin faltar ni uno, acuden presurosos los manantiales.

Van las aguas sulfúricas, las azoadas, las laxantes, las neutras, las astringentes, las ferro-sulfuroso-carbonatadas, y las frescas, las tibias y las calientes.

No faltan ni las aguas artificiales nacidas en la mente del boticario, ni tampoco las aguas sacramentales, que brotan á la sombra del campanario.

Las fuentes de aguas gordas van sosegadas, deslizándose lentas y perezosas, mientras que por sus lechos van las delgadas saltando entre las piedras muy presurosas.

Las aguas del arroyo van murmurando, las aguas de la fuente brotan inquietas, y las aguas de pozo suben callando porque tienen sus gotas de aguas secretas.

El grave dios Neptuno, que las convoca, las habla de este modo solemnemente, mientras por las narices y por la boca lanza sutil polvillo de agua caliente:

—«Quiero vuestras virtudes tener á mano para curar con ellas todos mis males, poniendo en las entrañas del Océano una clínica de aguas medicinales.

Cada una de vosotras puede ir contando los dones y virtudes que en sí contenga, para que yo los vaya catalogando y apele á su remedio según convenga.»

Escuchando estas frases del dios Neptuno se agitan y conmueven los manantiales y, entre espuma y burbujas, uno tras uno, afirman que ellos curan todos los males.

—Yo curo—dijo el agua carbonatada— las dispepsias, la anemia, las hinchazones, —Y yo —prorrumpió el agua biclorurada— además de eso curo los sabañones.

Sin mostrar su estadística ninguna queda probando sus milagros una tras una: Zuazo, Liérganes, Puda, Tona, Ontaneda, Betelu, Carratraca, Campo y Laguna.

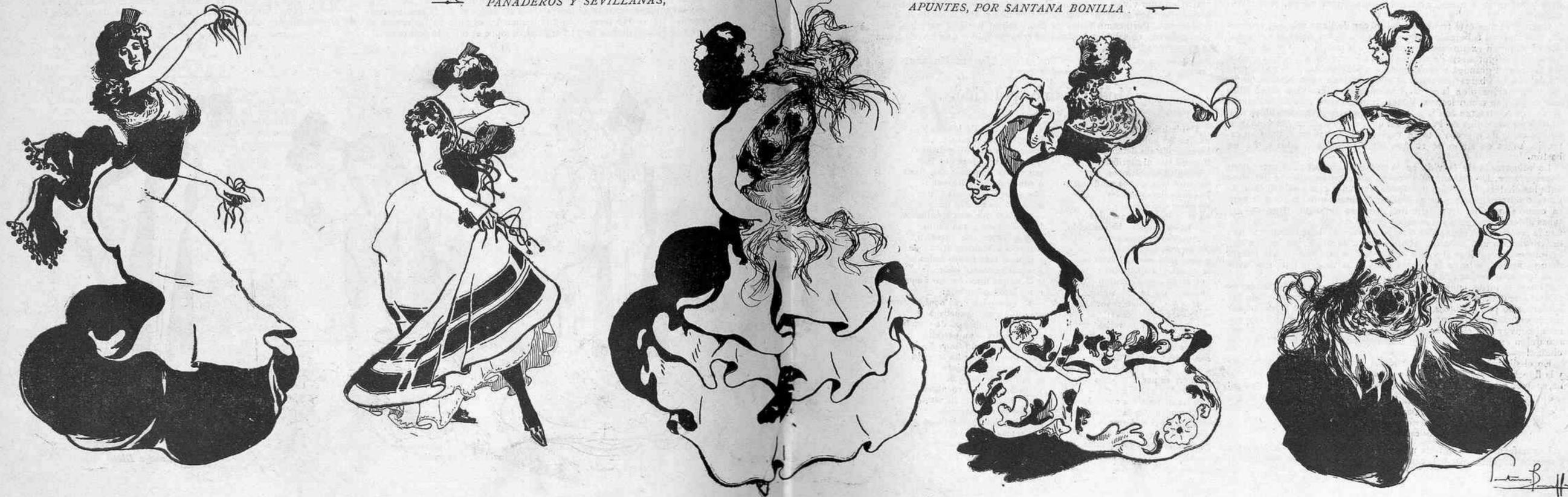
Aquellas aguas eran pozos de ciencia, y el dios Neptuno estaba maravillado de oír que remediaran tanta dolencia aguas que no servían para un fregado.

Neptuno, rezumando como un botijo agua que por el bello se le escurría, con voz hidrotéapica, llorando dijo, ante el líquido cóncave que allí veía:

—No creo que en la tierra muera ninguno cuando una sola fuente todo lo cura; pero, añadió con sorna, porque es un tuno: —Tengo sed. Oh nereidas, dadme agua pura.

RAFAEL TORROMÉ

PANADEROS Y SEVILLANAS.



FOR J. ABEILLÉ



4.—Llegaron damas de todas partes: rubias, morenas, gruesas, delgadas, á disputarse la promesa del gran señor; pero esta segunda prueba tampoco dió resultado.

5.—Una mañana, la duquesa, toda intrigada, ordenó que la llevasen el corsé; al probarse lo reconoció que era el suyo, olvidado en la silla de manos al sentirse fatigada.

6.—¡Oh, secretos del corazón humano! El duque tenía en casa lo que con tanto afán pedía.

Un falso testimonio.

A la plaza de abastos de Sevilla, un gitano muy viejo y andrajoso, llegaba casi todas las mañanas mendigando un mendrugo, un hueso, un troncho; algo con que comer, pues el abuelo, inútil para hacer ningún negocio, pedía por Jesús una limosna y así vivía como muchos otros.

Una mañana, dentro del mercado, á su encuentro salió un mastín furioso que entre grandes ladridos parecía quererle devorar. El hombre, docto en librarse de tales agresiones, sorteo aquel peligro, con aplomo, diciéndole entre dientes al perrazo, con muy reconcentrado y bajo tono: «Conmigo no te metas, asaura, que te levanto un falso testimonio».

La escena repetida varios días siempre resultó igual; pero el enojo del cañi contra el chucho iba creciendo,

hasta que al fin llegado el mes de Agosto decidióse á tomar cruel venganza de aquel perro agresivo, terco, odioso. Entró en la plaza á la hora misma de mayor concurrencia y alboroto, con la faja pendiente de un extremo para que el can cegado por su arrojo, en el caso que hacer presa quisiera mordiese en el apéndice engañoso y, como lo pensaba, al poco tiempo acometióle el chucho, con encono, y él murmuró bajito y entre dientes: «que te levanto un falso testimonio», mientras que el perro, con mayor soberbia, al ver aquel flotante trampantojo se acercaba en furiosa acometida adelantando sus colmillos corvos.

De repente el gitano lanza un grito descomunal, agudo y extortoreo y sale á la carrera dando saltos seguido por el perro. «Está rabioso»

chilla con grandes voces, de la faja soltando otras dos vueltas en redondo para aumentar, astuto, la distancia.

El tumulto es horrible y espantoso, huyen despavoridas las mujeres, pero los vendedores animosos arrojan sobre el can pesas, cuchillas y otros mil proyectiles Valeroso llega un municipal y cuarteando un volapie le atiza al perro hidrófobo, si no en la cruz, como las reglas marcan, en el promedio de entre hocico y jopo, y queda el pobre can pataleando en su agonía, con ladridos roncos. «Dios se lo pague á osté», dice el gitano respirando con fuerza y, rencoroso, añade muy bajito, viendo al perro que estirando la pata muerde el polvo: «Te lo tenía dicho. ¡A ver si ahora, sabes lo que es un falso testimonio!»

BENJAMÍN IBARROLA

APUNTES, POR SANTANA BONILLA

PARÍS

Los caídos.

París, como todos los campos de batalla, tiene sus vencidos. A la caída del invierno, salen de la gran ciudad inmensas caravanas frías, de cuerpos flacos y caras amarillas, que se alejan en diferentes direcciones y van a encallar a los Pirineos, a Malta, a Córcega y a todas las tierras cálidas, desde Nápoles hasta Alejandría. Los trenes huyen, atestados de hombres, mujeres y niños que ahogan sus toses en abrigos de lana y se calientan los pies en caloríferos portátiles, mirando ávidamente por las ventanillas, como si hicieran provisión de paisajes que no esperan volver a ver.

En la cumbre de las montañas ó al borde del Mediterráneo, abundan los caseríos melancólicos, tajados por avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles muy verdes. Los techos de las casas son rojos, los muros están pintados de colores vivos, el sol cae de lleno sobre las calles y entra por las ventanillas como un intruso, pero en la atmósfera hay una tristeza extraña que nadie puede definir.

Todos esos pueblecitos que viven de la muerte, tienen el mismo aspecto de cementerio. Las calles parecen desiertas y abandonadas, como después de un desastre. Las casas se alinean dejando grandes huecos entre sí, como si temieran el contagio. Y sólo de tarde en tarde se divisa la cara amarilla de un enfermo, que pasa sobre un sillón de ruedas, empujado por un lacayo.

Los días de fiesta, cuando los vecinos bajan a la plaza, donde toca una murga, y las campanas de la iglesia dan grandes saltos, asomándose por las rendijas de las torres, los tuberculosos llegan unos tras otros, acompañados por madres ó hermanos que les sostienen, trayendo abrigos y almohadas. Se instalan al sol, con la cara vuelta hacia los pinos que aparecen por sobre las últimas casas, en la cumbre de la colina. Tienen los ojos hundidos, la piel amarilla, los pómulos puntiagudos, las manos blancas, las orejas transparentes y los labios teñidos de un rosa muy pálido, como ciertas corolas de rosa té. Han sido pintores, cortesanas, artistas, enamorados, soñadores y prometidas; han vivido en las grandes ciudades y han luchado; han tenido afectos, ambiciones ó esperanzas y se encuentran de pronto vencidos, emasculados, desterrados de la vida, en un caserío.

La plaza se llena de gente y se oyen conversaciones vacías entre los grupos. Los unos se informan de la salud de los otros y se mienten impresiones favorables, afirmando mejoras problemáticas que nadie puede comprobar. Las familias intervienen y confirman la inocente mentira, para evitar los desalientos. La música repite sin cesar sus mismas polcas antiguas. Y todos parecen niños caprichosos que se entretienen con frivolidades bajo la vigilancia de las institutrices.

A veces una enferma y un enfermo jóvenes, vecinos de silla, y compañeros de paseo, sienten revivir las quimeras de antaño y esbozan un amorío de adolescentes, con el vago presentimiento de que realizan, ella, su último *flirt* y él su postrera aventura.

Pero hay una amenaza tan inflexible en la atmósfera, que los padres y los tutores callan, dejándoles correr tras un peligro irrealizable.

Cuando el mar está tranquilo y el sol cae de lleno sobre la ensenada, hay muchos tuberculosos que se hacen llevar hasta el embarcadero y ensayan excursiones tímidas hacia la puerta del Océano. Una involuntaria glotonería de aire les lleva a buscar los sitios más anchos y a respirar a grandes sorbos, como si quisieran hacer el vacío para los demás. Las barcas parten y se alejan con sus velas blancas tendidas y un marinero en la popa. Los enfermos descansan sobre sillas que se alargan como lechos. Visten trajes claros y telas de colores vivos que contrastan con la palidez de los rostros. Algunos hojean un libro ó un periódico de París. Y así que el sol declina, las embarcaciones están de regreso y todos vuelven a sus prisiones, unos en carruaje, otros en sillón de ruedas, otros a pie, apoyados sobre un bastón.

La monotonía de la vida en la pequeña ciudad provinciana, es desesperante. De mañana sólo se ven los carruajes que se detienen ante los chalets. El médico desciende, entra a la casa y sale al cabo de un rato acompañado por un padre ó un hermano que insiste y le apura, como si quisiera arrancarle una promesa imposible. Por las ventanillas abiertas se ven a veces caras graves y pensativas que escudriñan la soledad. De tiempo en tiempo aparece el dependiente de una droguería con una bolsa de oxígeno bajo el brazo. Y por las conversaciones sorprendidas al vuelo entre dos proveedores ó a la puerta de un almacén, se sabe la agonía de X ó la muerte de Z que ayer eran nuestros vecinos en la plaza.

Al caer la tarde, suele pasar un entierro, rodeado de cierta pompa teatral que contrasta con la simplicidad de la naturaleza. Los caballos cubiertos de paños negros, el carro con filetes amarillos y los lacayos indiferentes, están en oposición con el paisaje. Los enfermos ven pasar el convoy con cierta amargura resignada. ¡Un compañero menos con quien escuchar el domingo las polcas antiguas de la murga de la ciudad!

En el silencio de la noche, cuando el caserío dormita bajo la luna y la floresta de pinos levanta su masa negra en la cumbre de la colina, se oyen a veces las canciones malvadas de los muchachos del país:

Que vengan los moribundos;
aquí los tratan muy bien:
el cementerio es tan grande
que todos caben en él.

Los enfermos son de toda nacionalidad y toda categoría. Hay parisienses, coquetas que parecen escapadas de una novela de Prevost

y tosen escondiendo los labios en pañuelos de batista, sin olvidar su elegancia para remangarse el vestido; ingleses correctos y graves que traen los bolsillos llenos de periódicos y se hacen llevar en brazos hasta la iglesia protestante; rusas ensimismadas, de ojos celestes y cejas rubias; y españoles de tez cobriza que se acuestan envueltos en la capa. Ese conjunto heterogéneo se funde en un grupo armónico. Parece que todos olvidaran su origen y se crearan una nueva patria común, en las lejanías de un destino.

La calle principal del pueblo está llena de modistas que trabajan día y noche, haciendo vestidos de seda que las enfermas ensayan una vez y abandonan en seguida en el armario para estrenar otro, como si quisieran agotar en dos meses la provisión de telas que habrían consumido en muchos años. Parece que Mimi Pinson y Marguerite Gautier tuvieran celos de sus rivales y soñarían acaparar, antes de morir, todo el arte y todo el ingenio de las costureras.

Para los enfermos que se dedican a catalogar medallas ó trastos viejos, hay grandes almacenes de anticuarios. Las vidrieras están atestadas de bronce enmohecidos, porcelanas rotas y muebles cubiertos de polvo que aguardan una mano que los descubra. Allí hay sillones Luis XV, grabados meticulosos de artistas del siglo XVII, bomboneras de esmalte, encajes raros, manuscritos del Rey, y muebles inexplicables y arcaicos que parecen contruidos con el único fin de mostrar gráficamente la diferencia entre dos épocas. Los tuberculosos aficionados a esas exhumaciones, se hacen conducir hasta el almacén del anticuario y revuelven todas aquellas cosas que han muerto, con un gesto grave de viajeros ante un enigma.

Para los intelectuales, las dos librerías de la ciudad se convierten en santuarios que exigen una peregrinación diaria. Son algo así como un rincón de París al que se puede entrar con corbata *Lavallière* y pipa entre los dientes. Los parroquianos son pocos y, —aparte de dos ó tres profanos, prisioneros de la moda, que quieren poseer un *Quo Vadis*, para dejarlo sobre la mesa del salón,— todos son directa ó indirectamente del oficio. Su destreza para orientarse en las estanterías y su laconismo para informarse de las últimas publicaciones de Stock ó de Fasquelle, establecen entre ellos una especie de franc-masonería. Es fácil reconocerlos en un detalle: demuestran una predilección rara por autores que, como Rodenbach, Jean de Tinán ó Emmanuel Signoret, han dejado obras inacabadas como sus vidas.

A veces hay *matinée* en el teatro de la ciudad. Y es de ver cómo los asiduos de los grandes coliseos de Europa, aplauden a los cómicos famélicos que estropean los versos de *Ruy Blas*.

Los que todavía pueden salir, van en carruaje hasta la puerta del teatro y asisten a las escenas más inverosímiles con una indulgente credulidad de niños. La sala parece un hospital. Durante los entreactos se oye toda la gama de las toses, desde la muy profunda, que parece resonar en el fondo de una caverna, hasta la apenas perceptible, que acaba en una burbuja de sangre. Y a pesar de los roces y el espectáculo de tantos compañeros vencidos, nadie parece tener una visión neta de la muerte.

Cuando salen, los carruajes se dispersan por la ciudad y cada cual vuelve a su sillón de incurable. La resignación parece ser parte de la enfermedad misma. Algunos llegan hasta felicitarse de la calma y el retiro en que viven. El recuerdo de viejas decepciones y antiguas luchas, les hace saborear quizá el placer de hallarse lejos de la batalla humana. Pero como todas las casas miran hacia la estación, ningún enfermo ve salir sin tristeza los trenes rápidos que huyen hacia la gran ciudad,—hacia la vida.

MANUEL UGARTE

Modernismo político.

Desde hace unos cuantos años en que los pobres ministros extremando sus deberes llegan hasta el sacrificio, y arreglan sin cirineos, nuestros más graves conflictos, podemos los españoles asegurar que vivimos en el mejor de los mundos que hasta ahora se ha conocido.

Antes eran ecuaciones los asuntos más sencillos, y por *esto* ó por *aquello* se armaba tal enredo que no se ponía en claro aunque pasaran diez siglos.

Hoy los problemas sociales, religiosos y políticos se resuelven en un verbo sin trampa, cartón, ni timos; porque nuestros gobernantes son padres cariñosísimos que se van de pueblo en pueblo á enterarse por sí mismos de nuestras necesidades y hasta de nuestros caprichos.

El ministro de la Guerra no deja un solo distrito sin ofrecer sus respetos personalmente á los quintos,

El ministro de Marina interpone sus oficios entre unos cuantos gallegos que se traen, no sé qué líos por si han de pescar con mazo ó con anzuelo, y ha dicho que no se vuelve á la Corte mientras no queden amigos.

Es claro que á su excelencia le ha sobrado algún ratito para almorzar con Vincenti, comer con Montero Ríos y algunas más francachelas que por brevedad omito.

Y es que dirá el señor duque con filosófico instinto: —«Ya que yo pierda aquí el tiempo que no pierda el apetito».

Sé que el ministro de Gracia y Justicia irá á un presidio para conjurar el *plante* que antes de ayer ha surgido á fin de que se mejore la calidad del tocino.

En fin, el de Agricultura, según retratos que he visto, se pasa la vida arando. ¡Y habrá descontentadizos que renieguen de este suelo á pesar del modernismo!

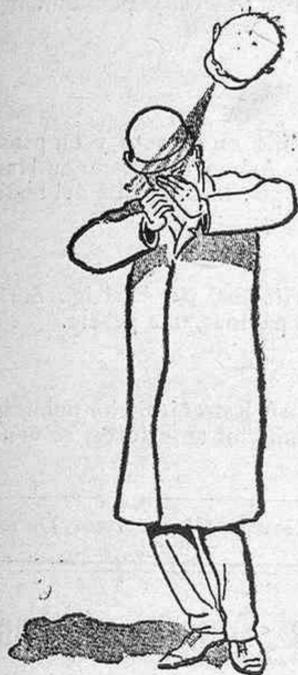
RICARDO DE ZAVALA

Cantares.

Sembré un cariñito,
nació un desengaño,
y tras éste nacieron sus risas
y mi eterno llanto.

Me ha dicho un ángel del cielo:
«No llores por tu morena
que está en la mansión celeste
y al lado de Dios de Reina.»

EL CEFIRILLO



- 1 -



- 2 -



- 3 -

Mira á todo el mundo,
ríe cuanto quieras;
si tú eres dichosa, ¿qué importan mis celos,
qué importan mis penas?...*

Si será mala La Envidia
que al verme buscar La Gloria
me va arrancando á pedazos
el corazón y la honra.

¡Corazón, estáte quieto,
que esa mujer no merece
lo mucho que yo la quiero!...

Ya no canto más cantares
porque oprimen mi garganta
desengaños y pesares.

Ya no vuelvo más al campo
¡que hasta las flores parece
que se ríen de mi llanto!

Las estrellitas del Cielo
viven de nuestros pesares.
La que vive de los míos
es la de luz más brillante.

¿Por qué, Dios mío, por qué
no la podré yo olvidar,
siendo tan mala como es?

Por una dejé á la otra.
La que adoro me aborrece;
la que desprecié me adora.

Si es cierto que me quisiste,
en vez de mortificarme
pídele á Dios que te olvide.

FÉLIX CUQUERELLA

Pasan las tormentas,
pasa el huracán
y este amor que mi vida consume
nunca pasará.

Permita Dios que te mueras
y yo me muera también;
á ver si en el otro mundo
te apiadas de mi querer.

ALEVOSO



- 4 -



- 5 -



- 6 -

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. A.—Toledo.—«Del Tajo en la ribera...» ¡Nuevo, completamente nuevo! Es usted más desahogado que el propio D. Rodrigo.

V. H.—Cádiz.—¡Qué lástima que haya dos versos que necesitan muletas! Si no fuera por esto, lo publicaría.

DENTÍFRICOS. El más agradable, el más higiénico y más barato, el Licor del Polo de Orive. Esto es casi axiomático durante 31 años.

CARTONÉ.—Utrera.—Mire usted que recibimos cosas malas, pero la que usted manda bate el record.

A. O.—Lorca.—Para asunto tan corto el artículo es demasiado largo. Todo ello puede decirse en una quintilla.

E. S. D.—Santander.—Eso lo he leído yo hace años en una Pacotilla de Estrafii.

EXÍJASE el Bálsamo antirreumático de Orive con la inscripción Farmacia de Orive, Bilbao, y de color verdoso. 2 pesetas frasco, farmacias.

A. P.—Córdoba.—No está mal, no señor; pero el final es algo atrevido.

R. S.—Vigo.—Usted se cree que aún gobierna Silvela, y no hay tal cosa. Lo único que podemos hacer en su obsequio es mandar el soneto á su casa y quizás le nombre á usted gobernador cuando vuelva al poder... un día de estos, con López y Tetuán... de las Victorias.

GRANOS EN LA CARA, brazos y cuello, se evitan siempre y desaparecen cuando los hay, friccionando en cuanto se notan, con Agua de Colonia de Orive, la más fina y barata del mundo. Frascos desde 3 reales.

F. R.—Madrid.—La forma es ramplona y el asunto carece de gracia.

E. G.—Valencia.—Repito á usted lo mismo que le dije el número pasado.

SIEMPRE SON EFICACES en la sordera, tisis laríngea y ozena (fetidez de aliento) los procedimientos curativos empleados por el especialista Doctor Alfredo Gallego. Consulta, San Bernardo, 18, duplicado.

M. P.—Madrid.—Sus desdibujos están, en efecto, bastante desdibujados. Copie usted mucho del natural, que buena falta le hace.

ADMINISTRATIVA

E. G. V.—Santona.—Renovada suscripción por el trimestre actual.

J. R. D. P.—Puerto Rico.—Servidos los ejemplares que pide, en paquete certificado.

H. S.—Tarragona.—La suscripción de usted terminó en fin de Agosto.

A. R.—Antequera.—Enviados los ejemplares pedidos.

E. G.—Granollers.—Confirmando liquidación remitida y espero fondos.

M. R.—Rivadavia.—Digo á usted lo mismo que al anterior.

E. B.—Aranda de Duero.—Si se ha propuesto usted quedarse con el importe de las remesas, dígalolo francamente.

J. DE LOS R.—Ecija.—Espero respuesta y fondos.

C. M.—Medina Sidonia.—Ya dije á usted que las razones que exponía eran excusas de mal pagador y su silencio viene á justificarlo.

J. S.—Valdepeñas.—Usted y T. L. me van resultando un par de puntos... suspensivos.

M. G.—Santiago.—Recibido importe renovación.

S. L.—Las Cabezas.—Sentiría tener que suspenderle las remesas si no envía fondos.

J. V.—Valencia.—Los números de esa época puede pedirlos á D. Bernardo Rodríguez Serra, editor, Madrid.

A. M.—Castro Urdiales.—E. R.—Lorca.—S. B.—Hellín.—M. D.—Sevilla.—C. A.—Soria.—C. DE LA A.—Lucena.—Quedan renovadas sus respectivas suscripciones por el trimestre actual.

Libros recibidos.

Cinco años de mi vida, por Alfredo Dreyfus.
Hermoso libro, en que el autor pinta con sinceridad conmovedora las crueles ansiedades de su injusto cautiverio en la Isla del Diablo, sintiendo la presión infinita del desprecio de su patria. Es el diario de un verdadero mártir sacrificado á las conveniencias políticas de un pueblo.
Un volumen, con el retrato del autor y varias ilustraciones, una peseta.

Los cruzados, por Sienkiewicz.
Leyendo esta obra, el lector se siente transportado á los caballerescos tiempos de los Templarios, y asiste á las grandes luchas de aquella época, penetrándose de las costumbres populares de Polonia, de la organización política de aquella nación gloriosa, y sobre todo admira una de las más hermosas descripciones del inimitable autor de *Quo Vadis?*: la sangrienta batalla del ejército polaco contra los Templarios; página brillante donde no se sabe qué admirar más: si el arte mágico con que está evocada la acción, ó el sugestivo interés dramático que despierta aquella lucha terrible de los polacos en defensa de su libertad.
Dos tomos, dos pesetas.

La verdadera vida, por el conde León Tolstoy.
Convida este libro á la lectura, sólo con mirar á la portada. La inmortal figura de Jesús está presentada con tal suerte, que no escatimamos los aplausos al artista que la dibujó.

Respecto á la obra, justo es decir que las ideas del gran novelista ruso están expresadas con aquella augusta serenidad propia de las almas grandes. Los sinceros conceptos de *La verdadera vida*, llevan la convicción á lo profundo de la conciencia, por estar escritos con la mayor sencillez, que es el carácter de la verdad.

Un volumen, una peseta.

Cantares de Paco Pinto. Es un tomito elegante que contiene una colección escogida de cantares; á pesar de lo difícil y abusado del género, el autor tiene momentos felices y pensamientos delicados.

Precio, una peseta.

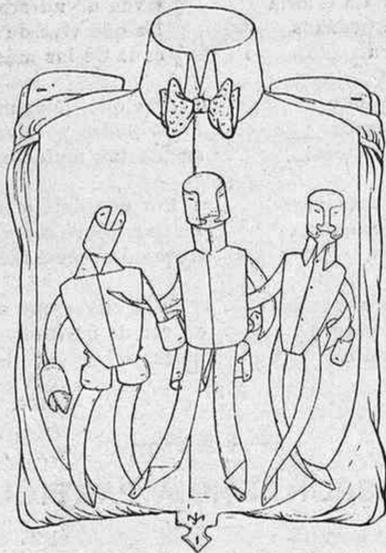
El Padre Juan, idilio en un acto y en prosa, original de Angel G. Arbeo, estrenado en Haro el 17 de Septiembre por la compañía del teatro Lara, de Madrid.

Las flores rojas, artículos, por Rodrigo Soriano. Un tomo de 240 páginas, una peseta.

Pacotillas, por José Estrañi. Se ha publicado el tomo VII, que como los anteriores, se vende á peseta.

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

FAMA UNIVERSAL



En su reciente entrevista le ha dicho Loubet al Zar: —Las camisas de MARTÍNEZ no reconocen rival.

2, San Sebastián 2,

CARLOS AUBERT • LAS NOVELAS AMOROSAS • Quince céntimos.

DEPILATORIO VENUS

Descubrimiento maravilloso para hacer desaparecer el vello y suavizar el cutis dándole la tersura de la juventud.

5 pesetas frasco en todas las perfumerías de España.

Se vende en Madrid: Sres. Hijos de J. G. Fortis, Puerta del Sol, 2; Perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y D. Bruno López, Pez, 46.

POR MAYOR: J. LL. PRUNÉS, GOBERNADOR, 6, BARCELONA

Se remite por correo, certificado, mandando 6 pesetas en sellos ó libranza.



SERVICIOS FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.

TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

FOTOGRAFADORES

SE NECESITAN buenos operarios.

1, CLAVEL, 1

Bazar de Cantas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas. — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas. Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.